

vestigación ni exámen. La obra presente no tiene por objeto entrar en circunstanciadas relaciones de los países y gentes descubiertas por Colon, sino en cuanto estas puedan ser útiles á la ilustración de su historia; quizá las precedentes se han extendido mas de lo necesario, pero servirán siempre para dar interes y claridad á las transacciones posteriores de la isla.

Muchos de los expresados pormenores los observaron, como ya se ha dicho, el Almirante y sus oficiales en la escursión que hicieron á las montañas, y durante su residencia en la llanura. Los naturales les parecían una raza singularmente inerte é indiferente á los mas de los objetos del humano trabajo y codicia. Les incomodaba toda labor, y apenas se tomaban la molestia de cultivar la yuca, el maíz y la patata, artículos principales de su subsistencia. Pero abundaban sus aguas en peces; cogían fácilmente la utia, el guanaco y varias aves; y tenían opíparo banquete en los frutos que espontáneamente les daban sus arboledas. Aunque el aire era á veces frio en las montañas, preferían sufrirlo á teger ropas del algodón que abundaba en las florestas. Así pasaban su existencia en inactiva pereza sentados á la sombra de los árboles, ó divirtiéndose en juegos y danzas.

En efecto, estaban destituidos de los poderosos motivos que conducen al trabajo, pues carecían de las mas de las necesidades que fuerzan á los hombres en la vida civilizada, ó en menos templados climas, á una fatiga incesante. No tenían crudo invierno contra que proveerse, especialmente en los valles y llanuras, donde, segun Pedro Mártir, «la isla gozaba perpetua primavera, y continuo verano y cosechas. Los árboles conservaban todo el año sus hojas, y los prados sus verdes yerbas. No hay allí provincia ni region, añade, que no sea notable por la magestad de sus montañas, por lo fructífero de sus valles, lo agradable de sus colinas, y lo delicioso de sus llanuras, con abundancia de hermosos rios que las atraviesan. No se han hallado en ella animales dañinos, ni cuadrúpedos carnívoros, ni leones, ni osos, ni fieros tigres, ni astutas zorras, ni lobos devoradores, sino todo venturoso y afortunado.»

A las suaves regiones de la Vega llevaban las sucesivas estaciones cada una su fruto; y mientras se recogían los maduros, otros que se iban ya sazonando por las ramas, y los botones y flores de que se hallaban estas cubiertas, prometían y aseguraban la futura abundancia. ¿Qué necesidad tenían, pues, de almacenar y proveer ansiosamente para lo venidero hombres que vivían en cosecha perpetua? ¿Qué necesidad de hilar y urdir penosamente en los telares, cuando reinaba todo el año una temperatura clemente, y ni la naturaleza, ni las costumbres les imponían la obligación de cubrir sus carnes?

La hospitalidad peculiar á gentes que gozan tan sencilla existencia, la experimentaron Colon y sus compañeros mientras estuvieron en la Vega. Adonde quiera que iban, hallaban escenas de no interrumpida festividad y regocijo. Se apresuraban de todas partes los indios á recibirlos con ofrendas, poniendo los tesoros de sus arboledas, de sus montañas y corrientes á los pies de aquellos hombres que creían aun bajados de los cielos para traer la felicidad á su isla.

Cumplido el objeto de su residencia en la Vega, se despidió Colon al cabo de algunos dias de sus benévolo habitantes, y continuó la marcha para el puerto, volviendo con su reducido ejército por las elevadas y breñosas gargantas del paso de los Hidalgos. Al acompañarle la imaginación por aquella ríscosa altura, desde donde la vez primera se apareció la Vega á los ojos de los europeos, no puede menos de dirigir una mirada de lastimosa admiración á tan bellas regiones. El sueño dulcísimo de la libertad natural, de la tranquila ignorancia, de la ociosidad vaga y agradable, aun no se habia interrumpido; pero estaba ya

pronunciado el fatal *fiat*: los blancos habian penetrado en sus tierras; la avaricia, la ambición, el orgullo, los cuidados consumidores, el trabajo sórdido, iban á seguirlos de cerca, y el indolente paraíso del indio á desaparecer para siempre.

#### CAPITULO XI.

LLEGADA DE COLON A ISABELA. — ENFERMEDADES EN LA COLONIA.

(1494.)

El 29 de marzo aportó Colon á Isabela, en extremo satisfecho de su expedición al interior de la isla. La apariencia de todos los objetos vecinos al puerto aumentó sus esperanzas de prosperidad futura. Las semillas de varios frutos habian ya producido plantas; la caña dulce prosperaba maravillosamente; una viña indiana, cultivada á la europea, habia dado racimos de mediano gusto; y los vástagos de las viñas españolas empezaban á formar los suyos. El 30 de marzo le trajo á Colon un labrador espigas de trigo sembrado al fin de enero. Las hortalizas pequeñas llegaban á sazon en diez y seis dias; y los frutos mayores, tales como calabazas, pepinos y melones, podían servirse á la mesa un mes despues de haber puesto en la tierra sus semillas. El suelo, humedecido por arroyos, rios y frecuentes lluvias, y estimulado por un sol ardiente, poseía aquellos principios políficos que sorprenden con la prontitud y prodigalidad de su vegetación, á los extrangeros acostumbrados á vivir en climas menos fértiles.

Apenas habia vuelto el Almirante á Isabela, cuando llegó un mensajero de Pedro Margarite, gobernador del fuerte de Santo Tomás, dándole parte de que los indios de las cercanías habian manifestado sentimientos hostiles, abandonando sus lugares, y evitando todo trato con los blancos; y que Caonabo juntaba secretamente sus guerreros, y hacia preparativos para atacar la fortaleza. El hecho era que, así que hubo partido el Almirante, cuando los españoles, ya sin el freno de su presencia, se entregaron, como era de temer, á sus pasiones, y exasperaron á los indios, quitándoles el oro que traían, é injuriándolos en sus mujeres. Caonabo habia tambien visto con impaciencia aquellos intrusos aborrecidos plantar sus estandartes en el corazón de las montañas que él mandaba, y sabia que nada le quedaba que esperar de ellos mas que venganza.

Mas no hicieron grande efecto en el ánimo de Colon aquellas nuevas. Por lo que habia experimentado del carácter indio, tenia en poquísimo su hostilidad. Eran débiles, temerosos de los blancos, y sobre todo miraban con terror los caballos, imaginándolos fieras obedientes á los españoles, prontas á devorar á sus enemigos. Se contentó pues con enviar á Margarite un refuerzo de veinte soldados, algunas provisiones, y treinta hombres mas que abriesen un camino entre el puerto y la fortaleza.

Lo que á Colon daba verdadera y profunda inquietud, eran las enfermedades, el descontento y el abatimiento que se desarrollaban en la colonia. Los mismos principios de calor y humedad que fecundizaban los campos, eran fatales á las gentes. Las exhalaciones de los pantanos y lagunas y vastas florestas circunvecinas, y la acción de un sol abrasador en aquel suelo vaporoso, produjeron fiebres intermitentes, y otras enfermedades muy peligrosas para las constituciones europeas en los incultos países de los trópicos. Muchos españoles sufrían los tormentos de una enfermedad hasta entonces desconocida, castigo de su licencioso trato con las hembras indias. Así, los mas de los colonos, ó estaban del todo enfermos, ó en suma postracion. Pronto se concluyeron las medicinas, y hacían grandísima falta, no solo estas, sino la cuidadosa asistencia, quizá mas importante

para el enfermo que los mismos medicamentos. Los que estaban buenos, ó se ocupaban en las labores públicas, ó en suplir sus propias necesidades; teniendo que ejecutar cada uno el trabajo menial que necesitaba hasta para el guiso de sus provisiones. Las obras públicas desmayaban mucho en consecuencia, y era imposible cultivar la tierra lo bastante para que sazonase los frutos. Empezaban tambien á faltar provisiones, por haberse echado á perder muchas á bordo, y corrompíose otras en tierra con la humedad y el calor. Parecía imposible habituar á los colonos á los alimentos indios, y en sus enfermedades requerían aquellos á que estaban acostumbrados. Para evitar una hambre absoluta, fue necesario poner la gente á corta ración, hasta de las dañadas y malsanas provisiones restantes. Esta medida causó ruidosas murmuraciones, en que tomaron activa parte algunas de las principales personas, que debían haber defendido las providencias de Colon: entre estas se contaba el padre Boil, fraile tan turbulento como astuto. Se habia irritado, dicen, por la rígida imparcialidad de Colon, que no hizo en sus órdenes distinciones de rangos ni personas, y puso al padre y su familia á media ración como el resto de la comunidad.

En medio del general descontento comenzó á escasear el pan. La harina se habia acabado, y no se podia moler el trigo mas que por el fatigoso é insuficiente medio de los molinos de mano. Era, pues, necesaria la inmediata erección de un molino, y se precisaban ademas otras obras no menos importantes para el procomunal. Muchos de los trabajadores estaban enfermos; algunos aparentaban mas mal del que sufrían; pues repugnaba generalmente todo trabajo que no daba inmediata riqueza. En esta situación quiso valerse Colon de todas las personas robustas; y como los caballeros y hombres de suposición consumían los comestibles al par de la gente ordinaria, se les llamó á que contribuyesen al trabajo comun. Se consideró esta medida como una degradación cruel por muchos hidalgos jóvenes de ilustre linaje y altivo espíritu, y rehusaron someterse á ella. Pero era Colon estricto observador de la disciplina, y sintió la conveniencia de hacer respetar su autoridad: se valió de medios compulsivos, obligándolos á la obediencia. Esta fue otra causa de la enconada y duradera hostilidad que muchos formaron contra él. Excitó su conducta la indignación de los principales personajes de la colonia, y le atrajo el resentimiento de muchas familias distinguidas de España. Se decia de él que era un extranjerito arrogante, levantado del polvo de la tierra, enorgullecido con la adquisición repentina del poder, solo atento á adquirir caudales y grandeza, dispuesto á hollar la dignidad de la caballería española, y á insultar en fin el honor de la nación.

Pudo haber sido Colon demasiado estricto y severo en sus órdenes. Hay casos en que hasta la justicia llega á ser opresiva, y en que se ha de templar con la indulgencia el rigor de las circunstancias. El mero trabajo de un hombre ordinario le consideraba el gentil-hombre como humillador. Los mas de aquellos jóvenes no habian ido á buscar riquezas á las Indias, sino que, inspirados por ideas fantásticas ó novelescas, esperaban sin duda distinguirse en proezas heroicas y aventuras caballerescas, y continuar la carrera de las armas, comenzada con tanto esplendor en los campos granadinos. Otros se habian educado en la opulencia, en el seno de las mas distinguidas familias, y eran poco á propósito para los rudos peligros del mar, las fatigas de tierra, y la esposición y privaciones consiguientes á una colonia acabada de formar en el desierto. Cuando caían malos, pronto se hacia su enfermedad incurable. La tristeza y el abatimiento aumentaban los desórdenes físicos. Padeían la irritación del herido orgullo, y la mórbida

melancolía de las engañadas esperanzas; estaban sus lechos faltos de la ternura, cuidados y atenciones que los hubieran cercado en España; y caían en la huesa, maldiciendo el dia en que abandonaron su patria.

El venerable Las-Casas y Herrera, despues de él, recuerdan con mucha solemnidad una creencia popular generalizada en la isla al tiempo de su residencia en ella, y relativa á la prematura muerte de aquellos caballeros.

En los años posteriores, cuando la capital de la colonia tuvo que mudarse de Isabela, por lo malo de su situación, no tardó en arruinarse la ciudad y quedar del todo abandonada. En el discurso de los tiempos se convirtió, como otros lugares desiertos y ruinosos, en objeto de superstición y terror para el populacho, y no habia quien se atreviese á llegar á sus puertas. Los que pasaban por cerca de ellas, ó andaban á caza de cerdos silvestres, muy abundantes en los alrededores, afirmaban que de noche y de dia resonaban trístimas voces dentro de las murallas. Los labradores no osaban, por eso, cultivar los campos adyacentes. Decía la historia recibida, añade Las-Casas, que dos españoles atravesaban por acaso un dia los derruidos edificios de la ciudad; al entrar por una de sus solitarias calles, vieron dos líneas de hombres que mostraban por su porte magestuoso ser hidalgos, de sangre noble, y caballeros de la corte. Estaban ricamente vestidos á la española antigua, con estocques á la cintura, y sombreros anchos de camino, como se usaban en aquel tiempo. Los dos españoles extraviados se admiraron de ver tantas personas de aquella apariencia y rango, desconocidas en la isla, y viviendo en aquel desolado sitio. Saludaron, pues, respetuosamente á los hidalgos, y les preguntaron cuándo y de dónde habian venido. Los caballeros conservaron un siniestro silencio; pero cortesmente volvieron el saludo, quitándose los sombreros, y pegadas á ellos tambien las cabezas, de modo que quedaron los cuerpos decapitados. Inmediatamente despues se desvanecieron todos. Tan grande fue la sorpresa y horror de los dos espectadores, que estuvieron á punto de morir, y no pudieron recobrar se en muchos dias.

Esta leyenda bosqueja bien el carácter supersticioso de aquel siglo, y especialmente de los compañeros de Colon. Tambien prueba la impresion profunda y tenebrosa que causó en el ánimo de la gente comun la muerte de aquellos caballeros, la cual ayudó mucho á aumentar la impopularidad del Almirante; pues se dijo, tan gratuita como falsamente, que él los habia seducido y arrancado de sus casas con engañosas promesas, sacrificándolos inhumanamente á sus particulares fines.

#### CAPITULO XII.

DISTRIBUCION DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS EN EL INTERIOR. — PREPARATIVOS PARA UN VIAJE A CUBA.

(1494.)

El general y creciente descontento de la población de Isabela, y el rápido consumo de las cortas provisiones que quedaban, eran motivos de la mayor inquietud para Colon. Deseaba hacer otro viaje de descubrimientos; pero no podia verificarlo sin asegurar la tranquilidad de la isla. Determinó por lo tanto enviar al interior toda la gente que pudiese sacar de Isabela, con orden de visitar los territorios de los diferentes caciques, y de explorar la isla. Esto los animaría, acostumbrándolos tambien al clima y alimentos de los naturales; y presentando tal fuerza en la isla, que ni Caonabo, ni ningun otro cacique osara en adelante continuar las tramas hostiles que podían haber comenzado. Con arreglo á este plan, todas las personas sanas, no indispensables para cuidar de la

ciudad ó de los enfermos, tomaron las armas, reuniendo un ejército de doscientos cincuenta ballesteros, ciento y diez arcabuces, diez y seis caballos y veinte oficiales. Se dió el mando general de las fuerzas á Pedro Margarite, en quien Colon tenia grande confianza; por ser caballero noble y del orden de Santiago. Alonso de Ojeda debia conducir la huerte á la fortaleza de Santo Tomás, donde sucederia en el mando á Margarite, y este con el cuerpo de ejército recorrería en un paseo militar la provincia de Cibao y el resto de la isla.

Colon escribió una seria y larga carta de instrucciones á Margarite, por las que debia gobernarse en un servicio que tanta circunspeccion demandaba. Le previno sobre todo que observase la mas imparcial justicia y discrecion respecto á los indios, defendiéndolos de todo insulto é injuria, y tratándolos de modo que añanzase su amistad y confianza. Al mismo tiempo debian los indios respetar la propiedad de los blancos, castigándose con severidad el robo. Las provisiones que se necesitaban para el mantenimiento del ejército, debian comprarse equitativamente por personas designadas por el Almirante; haciéndose las compras en presencia del agente del contador. Si los indios rehusaban vender provisiones, debia Margarite obligarlos á ello, obrando empero con la suavidad posible, y mitigando el vigor de la fuerza con bondad y caricias. No se permitiera tráfico alguno entre los indios y los individuos particulares, siendo esto desagradable á los soberanos y perjudicial al servicio; y habia siempre de tenerse presente, cuanto mas deseosos estaban sus magestades de la conversion de los indios, que de las riquezas que se podian sacar de su comercio.

Debía mantenerse una rigurosa disciplina en el ejército, y castigar severamente todo desorden, no permitiendo que sola ni en pequeñas partidas se separase persona alguna del resto del ejército, esponeiéndose á que las apartasen de él los indios; pues aunque se habia observado que eran aquellas gentes pusilánimes, nadie es mas inclinado á la crueldad y á la perfidia que los cobardes, que rara vez perdonan la vida de un enemigo que ha caído en su poder.

Estas juiciosas instrucciones, que, observadas, hubieran conservado un amistoso trato con los naturales, merecen particular noticia, porque Margarite las desobedeció todas, atrayendo disturbios á la colonia, maldiciones á su patria, destruccion sobre los indios, é inmerecida censura para Colon.

Ademas de las anteriores órdenes, habia otras disponiendo el modo de prender y asegurar las personas de Caonabo y sus hermanos. El carácter marcial de aquel caudillo, su artificiosa política, estenso poder y enemistad implacable, le hacian peligroso. Las medidas propuestas no eran las mas francas ni caballerías; pero Colon se creía justificado en oponer estrategia á estrategia con antagonista tan sutil y sangriento.

El 9 de abril salió Alonso de Ojeda de Isabela, á la cabeza de cerca de cuatrocientos hombres. Al llegar al rio del Oro, en la Vega Real, supo que tres españoles que venian del fuerte, habian sido robados de sus efectos por cinco indios, que les dió un cacique de las inmediaciones, para que los ayudasen á vadear el rio; y que el cacique, lejos de castigar á los ladrones, los habia protegido, y compartido el botin. Ojeda era vivo é impetuoso soldado, cuyas ideas de legislacion se limitaban á la de especie militar. Habiéndose apoderado de uno de los ladrones, mandó que por sumaria justicia le cortasen las orejas acto continuo en la plaza pública del lugar, aseguró despues al cacique, á su sobrino y su hijo, y los mandó cargados de cadenas al Almirante. Esto hecho, continuó su camino hacia la fortaleza.

Llegaron entre tanto los prisioneros á Isabela muy

abatidos. Los acompañaba un cacique de los alrededores, que, confiado en los méritos de varios actos de bondad manifestada á los españoles, venia á pedir por sus paisanos. Fue su intercesion en vano. Colon conocia cuán importante era aterrar á los indios con respecto á la propiedad de los blancos. Mandó en consecuencia que se llevasen los prisioneros á la plaza pública, con las manos atadas á la espalda; que proclamase el pregnero su crimen y castigo, y se les cortase la cabeza. Ni era esta pena desproporcionada á las ideas indias de justicia, pues se supone que tenían en tal aborrecimiento el latrocinio, que, aunque en lo demas no eran sangrientas sus leyes, empalaban al que le cometa. No es probable, empero, que Colon quisiese llevar á cabo la sentencia. En el lugar de la ejecucion las plegarias y lágrimas del amistoso cacique se redoblaron, saliendo él responsable de que no se repitiese la ofensa. El Almirante hizo al fin mérito de ceder á su súplica, y mandó soltar los prisioneros. A este mismo instante llegó un ginete de la fortaleza, que al pasar por el pueblo del cacique cautivo, habia encontrado cinco españoles en poder de los indios. La vista del caballo puso la multitud en fuga, aunque constaba de mas de cuatrocientos hombres. El caballero persiguió á los fugitivos, hiriendo á muchos con la lanza, y trayendo en triunfo á sus cinco compatriotas.

Convencido por este hecho, de que nada habia que temer de la hostilidad de aquellas gentes pusilánimes, en tanto que se obedecieran sus órdenes, y confiando en la distribucion que habia hecho de sus fuerzas, tanto para la tranquilidad de la colonia, como para la de la isla, se preparó Colon á continuar sus descubrimientos. Para dirigir en su ausencia los negocios públicos formó una junta, de que era presidente su hermano don Diego, y vocales el padre Boil, Pedro Fernandez Coronel, Alonso Sanchez Carvajal, y Juan de Lujan. Dejó en el puerto los dos buques mayores, por ser demasiado grandes para explorar costas y rios, y llevó consigo tres carabelas, la Niña ó Santa Clara, San Juan y la Cordera.

## LIBRO VII.

### CAPITULO PRIMERO.

VIAJE AL ESTREMO ORIENTAL DE CUBA.

(1493.)

Colon se dió á la vela con su flotilla el 24 de abril, y tomó el rumbo del Occidente. El plan de su expedicion era visitar de nuevo toda la costa de Cuba en el punto donde la habia dejado en el primer viaje, y explorar luego el lado del Sur. Como ya se ha dicho, suponía Colon que fuese aquel un continente y extremo oriental del Asia; en cuyo caso, siguiendo sus costas en la direccion dicha, debia arribar á Cathay y á los demas ricos y comerciales aunque semibarbaros países, descritos por Mandeville y Marco Polo.

Despues de tocar á Monte-Christi, ancló el mismo día en el desastroso puerto de la Navidad. Su objeto al visitar aquellos melancólicos lugares, era obtener una entrevista con Guacanagari, que sabia haber vuelto á su primera residencia. No podia persuadirse de la perfidia de aquel cacique; tan profunda impresion habian causado en su pecho las pasadas bondades: así confiaba en que una franca explicacion borraría toda duda, restableciendo aquel amistoso comercio, que tan útil podria ser á los españoles en el estado de penuria y escasez en que se hallaban: Guacanagari, empero, mantuvo su conducta equivocada, ocultándose á la vista de los buques; y aunque

muchos de sus súbditos aseguraron á Colon que pronto le haria una visita, no creyó este deber detener su viaje por tan incierta promesa. Prosiguiendo su curso, á veces interrumpido por vientos contrarios, llegó el 29 al puerto de San Nicolás, desde donde vió el extremo de Cuba, á que habia dado en el precedente viaje el nombre Alfa y Omega; pero al que llamaban los naturales Bayatiquiri, y se conoce hoy con el nombre de punta Maysi. Habiendo atravesado el canal que tiene unas diez y ocho leguas de latitud, navegó Colon por la costa del Sur de Cuba como veinte leguas, y ancló en un puerto, al que por su dimension llamó Puerto-Grande; en el dia Guantanamo. La entrada era estrecha, circular y profunda; y el puerto se dilataba dentro como un hermoso lago, en el seno de un pais salvaje y montañoso, cubierto de árboles, algunos en fruto y otros en flor. No lejos de la costa habia dos chozas de caña; y varias hogueras que resplandecian en diversos puntos, daban señales de habitacion. Desembarcó, pues, el Almirante con algunos hombres armados y el intérprete indio Diego Colon, natural de la isla de Guanahani, y bautizado en España. Al llegar á las chozas las encontró desiertas, y los fuegos abandonados, sin que se viese un ente humano. Los indios habian todos huido á los bosques y montañas. La repentina llegada de los buques causó un terror pánico en todos los alrededores, é interrumpió los preparativos que se estaban haciendo para un banquete. Habia muchos peces utias y guanacos, unos colgados de los árboles, y otros asándose al fuego.

Los españoles, que hacia mucho estaban escasos de racion, se aprovecharon sin ceremonia de aquella opipara mesa, aparecida en el desierto. Se obtuvieron, empero, de tocar á los guanacos, que miraban aun con asco como una especie de serpiente, aunque los creian los naturales manjar tan delicado, que, según Pedro Mártir, no participaba de ellos la gente ordinaria de aquel pais con mas abundancia que la de España de perdices y faisanes.

Despues de comer, mientras se paseaban los españoles por las cercanías, vieron sobre una elevada roca mas de sesenta indios, mirando hacia ellos con grandísimo pismo y reverencia. Al querer aproximarse á su sitio, desaparecieron velozmente por entre los bosques y las montañas. Uno empero, mas atrevido ó mas curioso que los otros, se detuvo al borde del precipicio, mirando con tímida maravilla á los españoles, en parte animado por los señas que estos le hacian pero pronto á correr detras de sus compañeros si alguien se le aproximaba.

Diego Colon, el jóven lucayo, salió á hablarle de orden del Almirante. Las expresiones amistosas que oyó el admirado salvaje, pronunciadas en su misma lengua, no tardaron en ahuyentar sus temores. Salió á recibir al intérprete, y habiéndole este dicho, que las intenciones de los españoles eran buenas, se apresuró á comunicar la noticia á sus compañeros. Poco tiempo despues se vió á los indios descender de las alturas y salir de los bosques acercándose á los extranjeros con mucha gentileza y veneracion. Por medio del intérprete supo Colon que habian sido enviados á la costa por el cacique, en busca de pescado para un solemne banquete que iba á dar á uno de los caudillos vecinos, y que asaban el pescado para que no se desmejorase en el viaje. Parecian del mismo natural blando y pacifico que los naturales de Hayti. La devastacion que los hambrientos europeos habian causado en sus provisiones, no pareció apesadumbrarlos; porque decian, que una noche de pesca compensaría toda la pérdida. Pero Colon, con su acostumbrado espíritu de justicia, mandó que se les retribuyese ampliamente, y dándose las manos, se separaron ambas partes, mutuamente satisfechas.

Zarpó el Almirante de este puerto el primero de

mayo, y tomó el rumbo del Occidente costeano un pais montañoso, adornado de hermosos rios y lleno de cómodos puertos. Los naturales, hombres, mujeres y niños, contemplaban con admiracion los buques, que no lejos iban cortando las ondas. Levantaban por el aire frutas y provisiones, convidando á desembarcar á los españoles; otros venian á ellos en canoas, trayendo pan de casava, pescado y calabazas de agua, no para venderlas, sino por via de ofrendas hechas á los extranjeros, á quienes, como de ordinario, creian bajados de los cielos. Colon distribuyó entre ellos algunos regalos, que fueron recibidos con transportes de alegria y gratitud. Despues de costear por algun tiempo, llegó á otro golfo, ó profunda bahía, de angosta entrada, dilatada por dentro y cercada de un rio y vistoso paisaje. Se levantaban desde la mismas aguas altísimas montañas por un lado, y muchas poblaciones indias alegraban la costa por el otro, teniendo las orillas del mar tan bien cultivadas que parecian huertas y jardines. En este puerto probablemente el mismo que hoy se llama Santiago de Cuba, ancló Colon, y pasó una noche agobiado, como solia, con la sencilla hospitalidad de los indios.

Cuando se preguntaba por oro á las gentes de esta costa, señalaban uniformemente al Sur, indicando que habia hacia allí una grande isla adonde era muy abundante. Colon habia recibido en el primer viaje noticia de la misma isla, que algunas de sus gentes pensaban fuese Babeque, objeto de tan ansiosa busca y quimérica esperanza. Habia sentido grande deseo de separarse de su rumbo para ir á buscarla, y este deseo crecia con cada nuevo informe. Al día siguiente (el 3 de mayo), despues de tomar el rumbo de Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, y abandonando la costa de Cuba, fue mar adentro en busca de la anunciada isla.

### CAPITULO II.

DESCUBRIMIENTO DE JAMAICA.

(1493.)

No habia Colon navegado muchas leguas cuando se empezaron á descubrir en el horizonte las azuladas cumbres de las montañas de Jamaica. Tardó, sin embargo, dos días y dos noches en llegar á la isla; admirando al acercarse su vasta estension, la belleza de sus montañas, la majestad de sus bosques, la fertilidad de sus valles, y el gran número de poblaciones que animaban todo el pais.

Al aproximarse mas á tierra, salieron á recibirle por lo menos sesenta canoas llenas de salvajes pintados y adornados con plumas. Se adelantaron en formacion guerrera, con grandes alaridos, y blandiendo lanzas de aguzada madera. La mediacion del intérprete, y varios regalos hechos á la tripulacion de una canoa, que se acercó á los bajeles mas que las otras, apaciguaron aquella iracunda escuadra, y la de Colon siguió pacíficamente su rumbo. Ancló en un puerto casi al centro de la isla, al que por la belleza de la campiña que la rodeaba, dió el nombre de Santa Gloria y hoy lleva el de Santa Ana.

Apenas amaneció al otro día levó anclas, y costeó occidentalmente en busca de algun puerto abrigado, en que carenar y calafatear su embarcacion, que hacia mucha agua. Despues de algunas leguas de navegacion, encontró uno á propósito para su objeto. Envió botes á sondear la entrada; pero fueron acometidos por dos grandes canoas llenas de indios, que salieron á impedir el desembarco, arrojándole lanzas, aunque desde tan lejos, que no alcanzaban á los españoles. No queriendo proceder á ningun acto de hostilidad que pudiese impedir en lo futuro un comercio amistoso, mandó Colon que volviesen los botes á bordo; y, viendo que habia cala bastante para su buque, entró y ancló en el puerto. Inmediatamen-